
J. P. Ceron ()*

*Formas de desarrollo agrícola,
medio ambiente y zonas
marginadas*

Durante las últimas décadas, la Francia rural ha experimentado transformaciones considerables. Para encontrar acontecimientos que hayan causado modificaciones tan profundas de los datos de la ocupación humana, quizá habría que remontarse a la terrible crisis de los años 1350-1450, cuando la guerra de los Cien Años, el hambre y la peste se conjugaron para reducir la población a la mitad, si es que no se considera como único acontecimiento de importancia comparable la generalización de la agricultura en el cuarto milenio a. JC., junto con la penetración en toda Francia de la civilización de la caza...

Las transformaciones mencionadas han afectado profundamente, por supuesto, al medio ambiente: o el hombre acaba imponiéndose con los ecosistemas que configura (el Neolítico, los desbroces de principios del actual milenio) o bien la naturaleza se ocupa de rellenar los vacíos que él va dejando (1350-1450) (1). Es evidente que Francia y, en grados

(*) EHESS. CIRED. París.

(1) Para la descripción de este retroceso de la ocupación humana, véase Leroy-Ladurie, 1975.

— Agricultura y Sociedad, n.º 45 (Octubre-Diciembre 1987).

diferentes, otros países de Europa se enfrentan con modificaciones de la ocupación del espacio y con ciclos ecológicos de parecido alcance. No había que esperar a la mitad del presente decenio para darse cuenta de ello: la yuxtaposición de una moderna agricultura de planicie y de zonas en declive se inició ya en los años 50 y 60. Lo que hubo de nuevo es que, en los años 70, llegó a pensarse que el modelo aplicado podía presentar alguna estabilidad, por lo menos en su dinámica. En la actualidad se está advirtiendo que dicho modelo se encuentra en crisis y que el proceso tan sólo agravará las dificultades de las zonas marginales, lo que explica hasta cierto punto el renovado interés por el estudio de las alternativas a la forma de desarrollo agrícola dominante, a fin de tratar también los problemas de medio ambiente que plantea el dualismo de la ocupación del espacio rural.

1. EL AGOTAMIENTO DE LA POLITICA AGRICOLA COMUN

Ya antes del establecimiento de la política agrícola común, se había desarrollado un amplio programa de modernización e incremento de la producción partiendo de la base de precios garantizados a los agricultores para cantidades ilimitadas. Los aumentos de productividad se han conseguido en el marco de una modificación de la función productora de la agricultura, caracterizada por:

— una intensificación del empleo de productos de origen industrial (fertilizantes, plaguicidas, etc.) y una mecanización a ultranza: los consumos intermedios representan el 44 % de la producción agrícola final de la CEE;

— la puesta a punto de variedades de plantas o razas de animales muy productivas y adaptadas al uso de los «inputs» industriales;

— un aumento de las dimensiones de las explotaciones,

junto con la disminución paralela y acelerada del número de pequeñas explotaciones.

Como resultado de esta evolución, la fracción de la agricultura que se ha modernizado presenta actualmente, si se considera el capital inmovilizado por puesto de trabajo más el perfil de una industria pesada como la siderurgia que el de la agricultura de antes de la guerra. Cabe completar esta comparación diciendo que la agricultura, al igual que una industria pesada, es muy sensible a todo cuanto ocurra antes (subida del precio de los «inputs»: fertilizantes, energías, etc.) y después (saturación de los mercados, etc.) de ella, situaciones muy dependientes de la financiación pública, por lo que resulta muy frágil debido a su elevado nivel de endeudamiento.

Es evidente que la política agrícola común ha permitido que Europa llegue a ser autosuficiente en la mayoría de las producciones de las zonas templadas (cereales, productos lácteos, etc.). En cambio, en otros productos (maíz, proteínas para alimentación del ganado, etc.), la CEE sigue siendo deficitaria (a). El carácter parcial de la autosuficiencia de la Comunidad se ve reforzada por el dato de que Europa es hoy en día el primer importador del mundo de productos alimenticios (Comisión de las Comunidades Europeas, 1980, p. 7).

Así pues, la situación a que ha conducido la política comunitaria se caracteriza por una generalización de los excedentes y de las limitaciones para el desarrollo de nuevas producciones.

Esta situación se debe fundamentalmente al desequilibrio

(a) El desarrollo de estas producciones no deja de plantear problemas: en efecto, en las negociaciones del GATT, la CEE no se ha preocupado de proteger los productos que no creyó en cada caso que llegaría algún día a producir en grandes cantidades. Estos productos están entrando hoy en la Comunidad a los precios mundiales; como parece difícil establecer derechos de aduana sin proponer compensaciones a los proveedores actuales, el desarrollo de una producción europea de dichos productos (en especial los sustitutivos de la soja) necesitaría subvenciones difícilmente soportables desde el punto de vista presupuestario.

que existe entre los índices de crecimiento de la producción —del 1,5 al 2 % anual por término medio para el conjunto de la producción agrícola de la CEE, pero del 3 % en el caso del trigo (Libro Verde, p. 4 y p. 22)— y los índices de consumo comunitario de productos agrícolas (0,5 % anual).

Por otra parte, es evidente que, si se permite que el sistema tecnológico implantado siga desarrollándose con el impulso adquirido, la agricultura llegará a generar cantidades de productos muy superiores a las que consigue en la actualidad.

Las consecuencias presupuestarias de esta producción excedentaria y de la política de precios que se practica han llegado hoy al límite de lo inaceptable.

«Durante los últimos diez años, los gastos agrícolas comunitarios se han incrementado aproximadamente en un 7 % anual en términos reales, mientras que... el producto interior bruto sólo ha crecido en un 2 % anual... El presupuesto general de la Comunidad ha aumentado en un 9 % anual en términos reales, debido principalmente a la introducción y desarrollo de nuevas políticas» (Libro Verde, p. 5). En 1984, la partida de gastos dedicada a la agricultura representó las dos terceras partes del presupuesto total de la Comunidad. Por otra parte, es innegable que la financiación de la agricultura por los presupuestos nacionales plantea un problema delicado en períodos de crisis: en Francia, en 1982, el ponente que defendía el presupuesto ante la Asamblea Nacional informó que, prescindiendo de la financiación de las jubilaciones, un total de 1,2 millones de agricultores se repartían más de 60 MM* de F, lo cual supone una financiación de 51.000 F por agricultor: del orden de un año de SMIC (salario mínimo interprofesional de crecimiento) en ayudas diversas (citado por J. M. Carroit y A. Navarro, 1984, p. 100).

Es inevitable, por tanto, llevar a cabo algunas reorienta-

(*) Miles de millones.

ciones radicales de la política comunitaria, aun en el supuesto de que consideraciones electoralistas, en Francia, Alemania o cualquier otro país, pudieran retrasar la adopción de medidas desagradables. Por lo demás, al haber disminuido el peso de la agricultura en el mundo rural, así como el peso de este mismo mundo rural (tradicionalmente exagerado) en el cuerpo electoral, debería registrarse una pérdida de la eficacia de las presiones del «lobby» agrícola.

La política agrícola seguida no se cuestiona sólo desde el punto de vista económico. En la actualidad se admite que ha producido graves efectos negativos en el medio ambiente, sin perjuicio de que se discuta la magnitud de esa responsabilidad suya en tal o cual hecho nefasto (por ejemplo, contaminación de la capa freática por los nitratos), e incluso de que la sensibilidad ante la degradación del medio ambiente varíe notablemente de unos países de la Comunidad a otros.

Por otra parte, hay que destacar que la agricultura moderna tiende a extenderse más allá de las zonas en las que se había asentado inicialmente: transformación de regiones boscosas, sobre todo en las lindes de terrenos cerealistas, desecación de zonas húmedas, etc.). El resultado ha sido una modificación radical de determinados ecosistemas en perjuicio de la diversidad de los medios.

Así pues, la agricultura lleva inevitablemente, a corto y medio plazo a:

— una fragilización de los sistemas de producción, debida a factores como el monocultivo, el descenso de la variedad de los ecosistemas, etc.;

— el recurso cada vez mayor a acciones destinadas a corregir, atenuar o soslayar los efectos secundarios de ciertas prácticas agrícolas, bien para limitar los efectos sobre el medio ambiente, o incluso más directamente sobre la población, bien para preservar las mismas bases de la producción agrícola: desnitrificación del agua potable, subsolado en terrenos

compactados por el riego (en relación sobre todo con la extensión del cultivo del maíz), etc.;

— el desarrollo de contaminaciones antes desconocidas en el campo, debido sobre todo a la dispersión de microcontaminantes, derivada del empleo en agricultura de productos de origen industrial. Podría recordarse que se ignora todo lo relativo a las consecuencias potenciales de un 70 % de los productos de la industria química y que en muchos casos se está lejos de saber combatir los efectos nefastos que se han podido identificar (Theys, 1985).

Esta artificialización de la agricultura, que ha estructurado poderosamente los ecosistemas y paisajes de las regiones agrícolas modernas, ha marginado asimismo todas aquellas tierras que no eran aptas para acoger el proceso de modernización. Se han rechazado de este modo territorios por características como la exigüidad de las parcelas (que impedía la intervención del tractor), la accesibilidad y relieve de éstas, etc. (2)

Las tierras que no se prestaban a la agricultura moderna se han descuidado totalmente, o se han repoblado de forma masiva (es el caso de algunas regiones del Macizo Central), o se están utilizando extensivamente (veredas, praderas, landas, etc.).

Se está produciendo, por tanto, entre unas regiones y otras y dentro de una misma región, una diferenciación cada vez más marcada entre los espacios de uso exclusivamente agrícola y los destinados a usos más diversificados o, dicho de otra manera, una distinción cada vez más clara entre espacios

(2) Este rechazo no se debe necesariamente a inferiores posibilidades pedoclimáticas: por ejemplo, en determinadas zonas (el Macizo Central francés, verbigracia), algunas de las mejores tierras han quedado yermas, mientras que se cultivaban otras no tan buenas. La razón es sencilla: como consecuencia de las distintas sucesiones, las mejores tierras fueron las que más se dividieron, pues era vital para cada uno poseer un poco de tierra de trigo; el cese de actividad las convirtió en tierras estériles y no hubo después una rápida concentración parcelaria, por lo que en muchos casos se ha desarrollado en esas parcelas un bosque espontáneo (pinos).

productivos y espacios naturales. Esquemáticamente, podría decirse que los primeros son espacios cerrados, sujetos a normas estrictas de aprovechamiento definidas en función de la monoactividad, mientras que los segundos son mucho más abiertos y acogen tanto a los paseantes como a las distintas formas de ocio (3).

Lo que ha desaparecido con la sociedad campesina basada en el policultivo y la ganadería es un determinado aprovechamiento del espacio, que implicaba:

— unas normas estrictas inherentes a la profesión agrícola (el espacio podía cerrarse en determinadas épocas: era impensable cruzar un campo antes de la siega del heno...), pero que todo el mundo conocía y acataba;

— un gran número de usos y tolerancias (pesca, recolección, etc.).

El intento de buscar nuevas formas de aprovechamiento, múltiples y abiertas, no significa necesariamente anclarse en el pasado, sobre todo en una época en la que es evidente que la producción agrícola no representa ya una razón suficiente para ocupar el espacio.

* * *

Los mecanismos que han llevado a la marginación de las regiones, o de algunas partes de las regiones, son anteriores a la política agrícola de modernización, como lo demuestra el ejemplo de determinadas regiones del Macizo Central que se menciona brevemente a continuación.

(3) Esta afirmación es, por supuesto, esquemática:

— hay zonas de intensa agricultura (la Cuenca Parisiense, verbigracia) que cuentan, si están cerca de las ciudades, con un elevado porcentaje de residencias secundarias, pero el interrogante que se plantea entonces es saber cuál es el contenido de la relación de estas residencias secundarias con la naturaleza;

— algunos espacios en los que la agricultura es relativamente marginal y las actividades de ocio están sólidamente estructuradas pueden resultar muy cerrados: es el caso sobradamente conocido de la región de Sologne, en la que la práctica de la caza ha limitado considerablemente el acceso a la naturaleza para quienes no cuentan con licencia.

En el siglo XIX, se partió de una situación de superpoblación del campo (*Historia de la Francia rural*, vol. 3). La totalidad del espacio estaba entonces ocupada, por lo que se concedió prioridad absoluta a la producción de cereales, sobre todo centeno y trigo sarraceno por razones de rendimiento. Era preciso, pues, mantener la fertilidad de la tierra; para ello, los rebaños de ovejas pastaban por el día en las tierras comunes (prados y ejidos durante todo el año, rastrojeras y barbechos) y, de noche, restituían a los terrenos privados donde se recogían los elementos fertilizantes que habían tomado de aquellas tierras. En las regiones de altura, al ser los pastos comunitarios superabundantes en verano, el mecanismo se reforzaba con la acogida de rebaños trashumantes.

Al finalizar el siglo, la decadencia del pastoreo puso en peligro el sistema. La carga de ovinos decreció en verano en las montañas, y las tierras fueron invadidas por la maleza, y luego por una vegetación espontánea de pinos. Al mismo tiempo, se fue degradando la fertilidad de las tierras cerealistas contiguas, al quedarse éstas sin estercoladura. Una parte de estas tierras se transformó en prado gracias al desarrollo de la ganadería bovina; la agricultura se replegó sobre las mejores tierras cerealistas y constituyó un «núcleo de forraje» (Larrere, 1985, p. 131). Los bovinos (vacas que criaban) podían contentarse con pastizales relativamente pobres, por lo que pudo aprovecharse una parte de las landas para ovejas. Ahora bien, como la cría de terneros requiere muchísimos cuidados, no cabía en modo alguno la posibilidad de ocuparse a un tiempo de más de 30 vacas; como además garantiza ingresos modestos, el espacio fue insuficientemente ocupado por la agricultura y prosiguió el éxodo rural. Por supuesto, en algunas partes este mecanismo se vio atajado por el desarrollo de la cría de ganado para leche, y la situación llegó incluso a estabilizarse (cabría preguntarse, sin embargo, qué será de estas regiones tras la superproducción de productos lácteos). En otras regiones, la degradación prosigue su camino: la carga de ganado por hectárea está disminuyendo con la reducción del número de agricultores. Los agricultores que quedan sólo

se ocupan de los mejores pastos; los demás desaparecen invadidos por la maleza.

Este ejemplo pone de manifiesto que los procesos de marginación no se deben exclusivamente, ni mucho menos, a la política agrícola común, o no siquiera a la política de modernización de la agricultura; podría añadirse incluso que algunos casos de decadencia de industrias rurales o la atracción que ejercen los modos de vida urbanos son tan responsables de la desertización como la evolución de los sistemas agrícolas (Beteille, 1981, pp. 69 y s.).

Dicho esto, es indiscutible que los mecanismos de la política agrícola común han participado también ampliamente en el proceso descrito. Puede acusársela, como también a la política agrícola nacional derivada de ella, en los aspectos que se citan a continuación:

a) Mecanismos de subvención de los productos.

Se ha mencionado ya la superproducción resultante de la garantía comunitaria. Nos referiremos ahora a sus repercusiones regionales. Según estudios realizados hace algunos años, las cuantías gastadas (Estado y CEE) varían en Francia:

— de 1 a 2,3 entre el agricultor de montaña y el agricultor de planicie;

— de 1 a 7 entre la explotación de bovinos para carne y la explotación de grandes cultivos (Grupo Cereales, 1982, p. 179).

Un ejemplo típico de mecanismo desfavorable para las zonas marginadas resultante de esta política lo constituye la leche en polvo. Las ayudas concedidas a los productos lácteos supusieron una fuerte subvención de la leche en polvo. Este apoyo permitió el desarrollo de la cría de terneros industriales en detrimento de los terneros de granja, que, sin embargo, tienen un precio de coste inferior (excluidas las subvenciones). Así pues, no sólo se acabaron produciendo terneros de mediocre calidad, sino que se pusieron en apuros las

producciones tradicionales de determinadas regiones como el Macizo Central, que, en el contexto actual, presenta la inmensa ventaja de ser grandes generadores de empleo. Añadamos que el sistema no hace sino perpetuar la superproducción láctea, en especial la de mantequilla: si todos los terneros se alimentasen con leche entera, los excedentes de mantequilla desaparecerían rápidamente (Pochon, 1982, pp. 263-264).

Y sólo nos estamos ocupando aquí de las producciones que han sido objeto de alguna política comunitaria activa (productos de cereales, lácteos, etc.). En el caso de las producciones mediterráneas, la importancia que les ha concedido la política comunitaria ha sido, y lo sigue siendo hoy indiscutiblemente, muy inferior (no existen sistemas de garantía o bien el nivel de intervención muy insuficiente) (Godard, Ceron, *Planification décentralisée*, pp. 10-11). Esto podría explicar en parte los procesos de desertización de las tierras mediterráneas del interior.

b) Política de estructuras.

Al comienzo de la PAC, estaba previsto destinar un 25 % de los gastos comunitarios agrícolas a una política de estructuras. De hecho, esta última sólo dispone actualmente del 5 % de los gastos, y las dificultades financieras con que se enfrenta la política comunitaria excluyen que tal cuota aumente en los años venideros (Libro Verde, pp. 6-7). Otro tanto podría decirse probablemente de las políticas nacionales.

Ahora bien, es evidente que la agricultura de las zonas marginadas necesita vitalmente una política de estructuras. Cada vez se habla más de una regionalización de las políticas agrícolas en la CEE (Libro Verde, pp. 53-55), pero se mantiene un extraño silencio sobre las modalidades prácticas de dicha política. Esta contradicción se explica bastante bien por la falta de medios financieros, asignados principalmente al mantenimiento de los mercados; en cualquier caso, la entrada

masiva de los países mediterráneos no hará sino agudizar el problema.

c) Política científica.

Se planteó una política científica como complemento de la política de modernización. Su objetivo era el desarrollo de variedades de plantas o de razas de animales de alto rendimiento, adaptadas a las condiciones climáticas y económicas de las explotaciones modernas en áreas de planicie. El resultado fue la marginación y desaparición progresiva de la mayoría de las variedades de plantas o de razas de animales adaptadas a las zonas desvitalizadas. Sólo consiguieron librarse algunas razas «mejoradas», esto es, manipuladas para lograr su especialización (bovinos de raza lemosina para carne, por ejemplo). En estos casos, el territorio de cría se ha extendido a zonas distintas del de origen: así la raza lechera de Montbéliard ha sustituido prácticamente a los bovinos de raza Aubrac en Margeride, etc.

Aunque algunos responsables han señalado los peligros que implica este proceso (Poly, 1977) (la pérdida total de un patrimonio genético no sitúa la agricultura en buena posición para abordar la era de la biotecnología), el esfuerzo principal sigue centrándose en investigaciones que vienen a suponer una prolongación de la «línea recta tecnológica» estrictamente productivista; las investigaciones se extienden incluso a nuevos ámbitos, como la silvicultura (véase el esfuerzo de los papeleros, en colaboración con los investigadores, para desarrollar un monte bajo de ciclo corto, que se ubicaría preferentemente, por supuesto, en la llanura).

Lo dicho hasta ahora no pretende en modo alguno negar cualquier mérito a la política agrícola dominante desde principios de la década de los años 60: entre otras cosas, permitió una disminución relativa de los gastos alimentarios en el presupuesto doméstico. Lo que se critica es la ausencia de correctivos poderosos, que habrían evitado la marginación de

determinados territorios mal situados por razones naturales (relieve, clima, suelo, etc.), pero también sociopolíticas (4).

El agotamiento de las políticas agrícolas requiere, pues, nuevas orientaciones; el problema reside en saber cuáles. Se pueden perfilar a grandes rasgos dos esquemas diametralmente opuestos: en el primero, se intentaría convivir a corto plazo, en las mejores condiciones, con las contradicciones y se tocaría lo menos posible el sistema de funcionamiento anterior; el segundo, esquema «alternativo», implicaría una serie de modificaciones radicales de las reglas del juego, con vistas sobre todo a dar cabida importante a las consideraciones relacionadas con el medio ambiente.

La primera posibilidad implica, por tanto, la prosecución de la intensificación de la agricultura en un marco competitivo.

El corolario de tal orientación es evidentemente: el abandono de la actividad agrícola. En relación con él se pueden fijar límites mínimos remitiéndose a los trabajos de J. Lee llevados a cabo en el marco del programa FAST de la CEE (Lee, 1985).

En este ejercicio prospectivo, referido a la Europa de los 10 al término del año 2000, se llega a la conclusión de que perderían su vocación 5,3 Mha* de tierras de pastos, entre 6,7 y 10,3 Mha de tierras cerealistas y 0,35 Mha de tierras sembradas con remolacha azucarera (5).

El estudio evalúa asimismo las superficies que podrían

(4) Así, el hecho de que Bretaña haya sabido salir relativamente bien librada se explica en parte por la capacidad de movilización colectiva de sus agricultores en torno de un proyecto (papel de la juventud agrícola cristiana); en el extremo opuesto, el bloqueo de cualquier reordenación estructural se explica en parte, en Córcega, por la cantidad de tierras indivisas y, en Limousin, región de aprovechamiento directo, por la inversión de los medios financieros de los campesinos que eligieron quedarse en la adquisición de las tierras que quedaron libres tras el éxodo, etc. (véase Mengin, 1984, p. 67).

(*) Millones de Ha.

(5) Estos resultados se han tomado de un estudio analítico de la evolución del consumo y los rendimientos, y de una evaluación de los nuevos mercados para los productos.

dedicarse a nuevos cultivos: 0,42 Mha a productos oleaginosos, 4 Mha a cultivos diversos en sustitución de las importaciones de productos proteaginosos para piensos (6) o derivados del crecimiento urbano (0,8 Mha), etc. Ahora bien, incluso considerando el previsible auge de la repoblación forestal (de 1,8 a 4 Mha), no se llega a un balance equilibrado ni siquiera en las hipótesis más optimistas (Lee, 1986, p. 138). En el supuesto de que no se desarrollaran las sustituciones de importaciones de productos proteaginosos y los usos industriales de los cereales, el abandono rozaría los 15 Mha. Y esto sin contar la Península Ibérica, que se ve particularmente amenazada. Para formarse una idea del valor de estas cifras; cabe recordar que 15 Mha representan el 15 % de la SAU (EUR 10) y casi la mitad de la superficie forestal de la Comunidad. Así pues, para asegurar el relevo, sería preciso acometer un programa de repoblación forestal sin paragón alguno con los del pasado (7).

Como el abandono agrícola y la intensificación suponen una disminución acelerada del número de explotaciones, es de esperar que surjan problemas sociales particularmente agudos, tanto más cuanto que en los países del Sur de Europa no se ha producido todavía la gran transformación que dará lugar a que la población activa agrícola (un 26,9 % en Grecia, en 1983) quede muy por debajo de la barrera del 10 % de la población activa total. Sería exageradamente optimista esperar que los países «retrasados» en la aplicación del paradigma agrícola dominante pudieran realizar esta transformación en condiciones tan aceptables como las de sus predecesores, al haber disfrutado éstos en su momento de un crecimiento económico poco habitual.

Por otra parte, la intensificación implica evidentemente una agravación de la degradación del medio ambiente,

(6) Cuyo desarrollo, como ya se indicó anteriormente, queda supeditado a una difícil decisión política.

(7) Desde 1958 y hasta 1982, la superficie forestal de la Europa de los 9 aumentó en 4,7 Mha (Eurostat: *Land use and production 1955-1979*; Eurostat: *Crop Production* (1983)).

imputable directa (nitrificación de las aguas) o indirectamente (contaminaciones secundarias a la fabricación de fertilizantes, por ejemplo) a la actividad agrícola. Sin embargo, son escasas las posibilidades a corto plazo de que estas consideraciones lleven a cuestionar profundamente el modelo: durante algún tiempo, habrá que contentarse con tratar, como suele hacerse, los síntomas más llamativos o con corregir los efectos del extremo de la cadena (desnitrificación de las aguas potables). Teniendo en cuenta que los efectos son difusos, que se producen muchas veces a largo plazo y que se pueden discutir hasta el infinito sobre las responsabilidades, los comportamientos de huida tienen aquí un hermoso porvenir.

Quedan las repercusiones ecológicas del abandono agrícola, acerca de las cuales existe la mayor incertidumbre.

La segunda posibilidad consiste en la aplicación de soluciones alternativas que hagan posible una ocupación del espacio más equilibrada. El simple hecho de considerar esta posibilidad supone, hoy todavía más que ayer, remar a contracorriente. Por ello, convendría justificar tal opción de alguna manera convincente. Cabe recurrir a dos tipos de argumentos.

En primer lugar, podría invocarse la existencia de una demanda social: una demanda de naturaleza. Lo más probable es que la intensidad y el contenido de esta demanda varíen de unos países europeos a otros; en cualquier caso, sería muy prematuro concluir que la mencionada demanda social está en alza y se refiere principalmente al espacio rural profundo que se está analizando. El interés de la población parece orientarse más bien hacia una naturaleza-espectáculo mediatizada y en definitiva poco accesible, si se considera aparte el fenómeno del renovado interés por la jardinería, que sólo afecta a superficies modestas y en medios habitados. Existen a priori tantas más razones para el pesimismo cuanto que, evidentemente, la actual demanda de «naturaleza ordinaria» se está satisfaciendo a bajo coste, en la medida en que utiliza el legado de una sociedad campesina que acaba

justo de extinguirse. Basta con pensar en qué se convertirán los gastos de mantenimiento de un sendero a partir del momento en que los rebaños no se ocupen ya de mantener abiertos los pasos, en que nadie vuelva a colocar en su sitio las piedras que caigan de las cercas...

En segundo lugar, puede tratarse de aportar argumentos de orden científico, ecológico o económico.

El abandono de la actividad agrícola, ¿es finalmente perjudicial o no desde el punto de vista ecológico? La cuestión es muy controvertida. Hay quien sostiene que el abandono de las tierras determina una recuperación, ecológicamente positiva, de las formaciones naturales; los nuevos ecosistemas no presentan desde luego para el hombre ningún interés de orden directo o productivo, pero contribuyen a mantener los grandes equilibrios naturales (concentración de CO₂ en la atmósfera, etc.), cuya alteración pondría en peligro a largo plazo la supervivencia de la especie humana. Se pueden asimilar a esta línea de pensamiento determinadas apreciaciones negativas respecto a las alternativas del abandono: por ejemplo, la repoblación forestal, sobre todo la emprendida con fines productivos, presentaría aspectos negativos indiscutibles (explotación de la biomasa y empobrecimiento de los ecosistemas), junto a aspectos positivos discutibles (el bosque no constituye uno de los ecosistemas más interesantes: falta de diversidad de las especies, etc.). En el extremo opuesto, se situarían los partidarios de la naturaleza humanizada, según los cuales la historia de la humanidad demuestra que el hombre es capaz de desarrollar ecosistemas humanizados estables, a un tiempo diversificados y productivos, que presentan la ventaja de evitar ciertos fenómenos naturales nefastos (incendios, inundaciones, etc.).

Por último, desde el punto de vista económico, ¿cuál es el coste del abandono agrícola? La evaluación de estos costes que ocasionaría la evitación del abandono es ya bastante delicada: hay que medir lo que cuesta el mantenimiento de una actividad —la agricultura— y sus soportes (red de

comunicaciones, etc.). Pero mucho más difícil resulta evaluar el coste económico del abandono propiamente dicho. Se choca entonces, en los estudios sobre el medio ambiente, con todas las dificultades metodológicas y prácticas relativas a las evaluaciones cuantitativas y monetarias.

Lo único que se sabe es que algunas experiencias han puesto de manifiesto que dichos costes podrían ser muy elevados y resultarían difícilmente aceptables desde el punto de vista social, como lo demuestran los incendios de bosques en la cuenca mediterránea. Se sabe asimismo que algunas de las actividades de las poblaciones urbanas que desearían conservar podrían encontrarse con problemas económicos muy serios como consecuencia del abandono de la agricultura (relación entre el esquí y los pastos de montaña). Pero no es ni mucho menos evidente que los mecanismos de este tipo tuvieran que darse en todas partes.

Las consideraciones precedentes ponen de manifiesto que la idea de un enfoque alternativo se basa en hipótesis que pueden parecer frágiles en ocasiones. Ahora bien, esto no debe hacer olvidar que, a la inversa, son muy grandes los riesgos que implica la prosecución del modelo dominante. La incertidumbre que rodea las hipótesis iniciales sólo podrá ir reduciéndose con el tiempo (y además sólo hasta cierto punto). Dicho esto, urge ya reaccionar contra las disfunciones del modelo actual: según lo que parece más probable, los efectos de dicha reacción no tardarían en manifestarse y reclamarían, de una manera u otra, un tratamiento; conviene por ello ir preparando un abanico de respuestas y, en él, conceder un lugar importante a las alternativas (que se podrían calificar de «ecodesarrollo», para hacer hincapié en que toman en cuenta la dimensión medio ambiente).

Así pues, tras analizar rápidamente hasta qué punto han abierto vías futuras los esbozos de sistemas alternativos de producción agrícola que se han desarrollado en los últimos años, nos ocuparemos de las nuevas producciones agrícolas y las nuevas salidas susceptibles de impulsar la actividad agrícola y ocupar el espacio liberado.

Por último, analizaremos las nuevas modalidades deseables de inserción de la agricultura en el mundo rural.

2. LAS AGRICULTURAS ALTERNATIVAS. SU IMPORTANCIA REAL

No todo el mundo ha adoptado la forma de desarrollo dominante, y ello por diversas razones:

— la necesidad: algunos agricultores no disponen de los medios necesarios para subirse al tren de la modernización (explotaciones demasiado pequeñas, edad excesiva, etc.);

— consideraciones estratégicas: el análisis de las ventajas e inconvenientes ha llevado a otros a pensar que la vía regia que se les proponía era excesivamente arriesgada y no necesariamente la más provechosa en términos de ingresos;

— las convicciones: preservación de un determinado grado de independencia en los agricultores tradicionales, voluntad de autonomía y búsqueda de nuevas formas de vida o nuevas relaciones con el medio ambiente en los neorrurales.

El resultado de todo ello ha sido la existencia de muy variadas agriculturas marginales, pero que comparten una o varias de las características siguientes:

— una relación con los inputs caracterizada por el objetivo de reducir las cantidades de éstos y de modificar su perfil para dominarlos mejor;

— el logro de un determinado control sobre las etapas «post agrícolas» en la medida de lo posible, se intenta vender productos transformados (conservas) y acceder directamente al mercado (circuitos cortos). Se ofrecen productos a los que se califica de muy selectos, con objeto de justificar los elevados precios; se hace hincapié en su carácter «biológico», «natural», en su procedencia directa del terruño, en su producción a pequeña escala (8);

(8) Estos nuevos productos de granja, producidos sobre todo por agricultores jóvenes, están suplantando a los productos de granja a la antigua usanza (las cestas de las campesinas

— la existencia de estrategias monetarias basadas en la reticencia a entrar en los circuitos financieros: una cierta indiferencia con respecto al crédito, en primer lugar, pero también la búsqueda de las sumas de dinero indispensables minimizando las inversiones y los gastos variables; por último, el mantenimiento del autoconsumo a alto nivel, en su caso con ayuda de medios modernos;

— el recurso frecuente a la pluriactividad, punto que se desarrollará más adelante.

Los diferentes tipos de agricultura marginal recurren a una o varias de estas estrategias. De hecho, cabe distinguir tres grandes categorías de explotaciones marginales:

— explotaciones de tipo antiguo, dirigidas por personas de edad avanzada que han quedado marginadas por el movimiento de modernización;

— explotaciones dirigidas por agricultores jóvenes, que buscan un modo de inserción en la economía y la sociedad distinto del dominante. Esta categoría es heterogénea y en sus polos extremos se encuentran:

- agricultores que cuentan con una formación normalizada, pero que han advertido que la vía propuesta no se corresponde con sus posibilidades y les orienta hacia un futuro pleno de riesgos; en este caso, la reacción puede limitarse a la búsqueda de nuevas salidas para la producción, al tiempo que se acepta ampliamente la utilización de los factores de producción clásicos;
- «neorrurales» con muy diversos tipos y grados de formación, motivados por el establecimiento de otras relaciones con el medio ambiente y la búsqueda de otras formas de vida; constituyen una población inclinada a cuestionarlo todo de la manera más radical y arriesgada;

en los mercados rurales tradicionales), menos elaborados, que se comercializan a precios inferiores y cuyo estatuto era muy distinto desde el punto de vista económico (margen de autonomía financiera de la mujer del agricultor).

— explotaciones modernas gestionadas «a la buena de Dios». Sus responsables tratan de una forma de desarrollo para la cual no contaban inicialmente con las bases materiales, la formación o la mentalidad necesaria. Este último tipo de explotación, a diferencia de los dos primeros, no se da ante todo en las zonas marginadas: cabe pensar que su número está llamado a aumentar, en especial en las zonas de grandes cultivos, si se vuelve a cuestionar la política de mantenimiento de los precios comunitarios.

Lo que se acaba de exponer pone ya de manifiesto, y es un dato importante, que las agriculturas marginales son diversas y no pueden considerarse sencillamente «prácticas de pobres», producciones tradicionales o supervivencias de formas de producción arcaicas.

Los campesinos de las zonas marginales no han podido oponerse frontalmente a los mecanismos de la economía dominante: ya se trate de gente de la tierra o de recién llegados, han recurrido siempre, y siguen recurriendo hoy, a toda una serie de añagazas que son el reflejo de una auténtica creatividad:

— cultivo de huertos (que permiten la autonomía en la mayor parte del consumo de hortalizas) y de frutales (que proporcionan algunas especies de frutas comunes y, en su caso, la bebida, como la sidra o el vino);

— cría de animales: conejos (para los cuales se arranca la hierba del borde de los caminos), pollo (actividad tradicional y que tolera la legislación) y, con la generalización de los congeladores, corderos y terneros (criados y sacrificados en la granja, lo cual es ilegal, pero se practica corrientemente);

— caza: la mayoría de los agricultores se dedican a cazar, y algunos incluso lo hacen furtivamente...;

— leña, que se recoge en la misma explotación (setos, bosquecillos) o recurriendo al derecho de aprovechamiento de los recursos municipales, que se ha reactivado considerablemente en los últimos quince años;

— recolección para las necesidades domésticas: setas, frambuesas, arándanos, y también cardillos, milamores, etc.

— recolección con fines comerciales; arándanos y setas, pero también antaño caracoles y ranas, actividades que hizo peligrar la supervivencia de estas dos especies e impuso la adopción de medidas reglamentarias.

Estas prácticas arrancan de la tradición, pero en ocasiones la rebasan: Larrère y De la Soudière han puesto de manifiesto cómo la diversificación de las especies de setas recogidas para la venta (Larrerè, 1985) llegó a modificar los comportamientos alimentarios de los campesinos; del mismo modo, el autoconsumo de una baya como el arándano empezó a aumentar considerablemente en cuanto fue objeto de un comercio. Algunas prácticas desaparecen o decaen por ser demasiado fatigosas o escasamente remuneradoras, mientras que otras salen a la luz y se afirman, como en el caso del arándano (Commeaux, 1982).

Obviamente, cabe preguntarse cuál es la importancia económica real de estas prácticas. La operación resulta delicada por varias razones:

— en primer lugar, tales prácticas no están sujetas a ningún tipo de registro contable o tributario;

— en segundo lugar, cualquier intento en el sentido de reducirlas a términos monetarios se enfrenta de inmediato con graves dificultades.

En cualquier caso, siempre cabe recordar algunas cifras o citar magnitudes de referencia:

— en 1986, el otoño, que fue una estación excelente para las setas, permitió, según datos recogidos in situ, que numerosos agricultores de la meseta de Millevaches (Limousin) obtuviesen ingresos monetarios del orden de los 20.000 F. Si se considera que los agricultores de la zona viven de la venta de diez a veinte terneros de leche cada año (precio unitario: unos 27.000 F), es fácil medir la importancia de esa actividad de recolección;

— si se admite que la calefacción de una vivienda rural consume aproximadamente 30 estéreos y siendo el coste de producción del estéreo del orden de 30 F para un agricultor (el aprovechamiento del material se contabiliza al coste marginal), se advierte que, mediante un gasto adicional de algunos millares de francos al realizar la inversión (una caldera de petróleo resulta más barata que una instalación de leña), por un coste anual de unos 1.000 F y con cuatro o cinco días de trabajo, el agricultor se evita el tener que comprar 4.000 litros de petróleo, lo que supone unos 10.000 F (a 2,5 F el litro) o bien unos 6.800 F (a 1,70 F el litro);

— cabe estimar que el precio de venta del kilo de carne al por menor es el doble del precio de venta en vivo: al consumir su propia producción, el agricultor gana, pues, aproximadamente 400 F por cada cordero, de 2.500 a 3.000 F por cada ternero, etc.;

— una huerta de hortalizas y frutales, destinadas a cubrir las necesidades de una familia de 4 personas, representa una renta del orden de 10.000 F anuales.

Así pues, aunque los órdenes de referencia sean muy aproximados, la suma de todas estas diferentes prácticas puede suponer un equivalente monetario de unos 20.000 a 50.000 F anuales. No hay que llegar, evidentemente, a la conclusión de que los agricultores marginales disfrutan de un nivel de consumo envidiable, sino de que estas prácticas permiten a algunos de ellos (no a todos) escapar de la miseria que representan sus ingresos monetarios reales.

Estas prácticas «de andar por casa» han permitido en algunas regiones mantener sistemas de producción coyunturales, siempre rozando la catástrofe, pero que se perpetúan año tras año. Esquematizando con el ejemplo de la «montaña» lemosina: cuando llueve, las setas salvan las explotaciones; cuando no llueve, siempre cae alguna que otra ayuda «excepcional».

No puede decirse que se trate de prácticas que modifiquen en absoluto la «rentabilidad» de la explotación —hace ya

tiempo que la mayoría de éstas se sitúo por debajo del umbral de rentabilidad—, pero sí pueden mejorar muy sensiblemente el nivel de vida. Además, constituyen una de las facetas importantes de las formas de vida, por lo que el hecho de abandonarlas exclusivamente desde el punto de vista del análisis económico resulta empobrecedor. Al margen del aspecto económico, lo que está en juego es una relación especialmente rica con el medio ambiente: aun cuando venda una parte de las piezas cobradas y hable con frecuencia de la caza en términos de rentabilidad («Este año, me he ganado la licencia...»), el agricultor no sale a cazar liebres o chochas, sino que va a cazar la liebre que conoce perfectamente (la ha visto alimentarse en tal o cual campo, la ha «corrido» muchas veces) o la chocha cuya dependencia de tal o cual territorio le es conocida. Por lo demás esto no significa, naturalmente, que la gestión del medio ambiente se realice en condiciones correctas (determinados recursos pueden verse sometidos a una explotación desmesurada, y hay que acabar protegiéndolos algún día: ranas, caracoles, etc.).

Por añadidura, estas prácticas constituyen uno de los últimos basamentos de determinadas sociedades que tienden a disgregarse con el éxodo; representan la ocasión de oponerse a los «extraños», como testimonian las asociaciones creadas para regular la recolección de setas, pero también de acogerlos y sacar de ellos algún provecho (alquiler de terrenos de caza a personas ajenas al término municipal, etc.). Por último, permiten reforzar los vínculos en lo que queda de la sociedad local (prácticas de caza colectiva, etc.) (Pelosse, 1982, INA, 1980).

¿Podrían reconstruirse alrededor de estas alternativas y prácticas de desarrollo agrícola, más favorables para el medio ambiente, sobre todo en las zonas desfavorecidas? Es evidente que la mayoría de estas experiencias plantean la cuestión de los modos de desarrollo agrícola en términos nuevos e interesantes para los países desarrollados, pero parece justificado preguntarse también si la promoción de tales alternativas no equivale a meterse en un callejón sin salida

mientras no se encuentren soluciones mínimas a problemas clásicos; bloqueo de precios de bienes inmuebles, mecanismos de mantenimiento del nivel de ingresos, etc. Algunos autores insisten incluso en que en el contexto actual, plantear o aplicar determinadas alternativas podría ser una actuación no exenta de efectos perniciosos; la búsqueda de remuneraciones complementarias quita fuerza a la reivindicación de unos ingresos decentes; la transformación de la leche en la granja puede, en zonas montañosas, agravar las dificultades de algunas cooperativas queseras prácticamente abocadas al cierre, etc. En tales casos, es lícito preguntarse si no se acaba perdiendo más de lo que se gana (J. C. Jauneau, 1982, pp. 71-80).

Aparte la evaluación de la importancia de las alternativas en las zonas marginadas, cabría preguntarse por la articulación del modo de desarrollo elegido con el resto del espacio: a este respecto, es de esperar que los analistas más pesimistas planteen el debate en términos de dualismo.

Algunas zonas, que ya suministran lo esencial de la producción, seguirían funcionando, según las normas dominantes de la modernidad. Las demás, liberadas de la competencia internacional, se especializarían en determinados sectores o en determinadas producciones marginales (que pueden, por otra parte, ser objeto de una demanda social creciente: más calidad, más productos naturales, etc.). Este proceder respondería a la vez al deseo de no dejar el espacio abandonado, a objetivos sociales (evitar que un nuevo éxodo rural incremente todavía más el número de parados) y, hasta cierto punto, a una voluntad de canalizar frustraciones (recuérdense las experiencias de retorno a la tierra que tuvieron lugar en la década de los 70).

En cuanto a la articulación entre dos polos, cabría hacerse por lo menos dos tipos de preguntas:

— la relativa a los medios: ¿qué transferencias está dispuesta a consentir la sociedad global en favor del polo más desfavorecido?;

— ¿hasta qué punto será conflictiva la coexistencia entre los dos polos?

Los acontecimientos recientes permiten suponer que la coexistencia será inestable y que el polo dominante, que tendrá que enfrentarse evidentemente con dificultades (competencia internacional), estará tentado constantemente de inclinar la balanza a su favor: basta con recordar, por ejemplo, que el cultivo de pequeños frutos fue uno de los sectores privilegiados de la agricultura marginal, hasta que se advirtió que las frambuesas, las grosellas negras y otras bayas también podían ser objeto de grandes cultivos mecanizados en la Cuenca parisiense.

3. ¿NUEVAS PRODUCCIONES?

La crisis de la PAC y los efectos de los modos dominantes de producción agrícola sobre el medio ambiente nos han llevado en principio a evocar las posibilidades de otras combinaciones de los factores de producción (actuación en las etapas anteriores o posteriores a la estrictamente agrícola, diversificación marginal, etc.). Paralelamente a estos temas, que son el leitmotiv de los partidarios de las alternativas agrícolas, se está desarrollando un debate, en cierto sentido menos heterodoxo, sobre la diversificación de las producciones agrícolas.

Están interesados en el debate, por motivos diferentes:

- los agricultores, en busca de nuevos mercados;
 - la CEE y los Estados, que intentan a un tiempo reducir los fondos de ayuda a la agricultura (restituciones a la exportación, etc.) y evitar el agravamiento del paro que resultaría del cierre de explotaciones;
 - los industriales, que buscan materias primas baratas y que se beneficien de una seguridad de abastecimiento aceptable.
-

Llegados a este punto, cabría hacerse dos preguntas: hasta qué punto afecta este debate a las zonas marginadas y cuáles podrían ser los efectos de dichas producciones en el medio ambiente (a).

a) *Utilización energética de la biomasa*

En este ámbito, los dos problemas principales están representados por los biocarburantes y la utilización energética de la madera, de los cuales nos ocupamos seguidamente por estar estrechamente relacionados en el marco de un ejercicio prospectivo centrado en el espacio, la agricultura y la silvicultura.

El interés de los biocarburantes, hoy severamente cuestionados como consecuencia de la baja de los precios del petróleo, se fundamenta en tres hechos:

— los carburantes constituyen el «núcleo duro» de la dependencia energética de Europa, y las políticas de ahorro de energía no han conseguido impedir que aumente el consumo de ésta;

— la modificación de las normas relativas a los carburantes por razones ligadas al medio ambiente: esta política conducirá finalmente a la supresión del plomo en la gasolina y, en consecuencia, a un descenso de los índices de octano para las aplicaciones «motor» e «investigación», que los biocarburantes pueden paliar hasta cierto punto (b);

— la apertura de nuevos mercados para las producciones agrícolas excedentarias.

Hasta la fecha, en Europa sólo se había considerado factible la utilización de los biocarburantes (etanol o mezclas diversas) incorporados a los productos petrolíferos en proporciones nunca superiores al 10 %. Lo que se pretende (o

(a) Con este fin, nos basamos en diversos estudios prospectivos recientes: los realizados en el marco del programa FAST de la CEE (Konrad, 1987; Lee, 1986, Koudios, 1989) y los nuestros (Ceron, 1986).

(b) En este sentido, sin embargo, tienen que competir con ciertas producciones internas de la industria petrolífera.

se pretendía) a corto plazo es fundamentalmente producir etanol a partir de sustratos clásicos, como el trigo o la remolacha.

En un país como Francia, y supuesto que los precios del petróleo se situaran a un nivel que no constituyeran un obstáculo insalvable, la presencia de un 7 % de etanol en el carburante (consumo actual: 18 Mt*) supondría un objetivo realista. Los 1,260 Mt necesarios (15,5 Mhl**), suponiendo que se produjeran a partir de la remolacha en una tercera parte y del trigo en dos terceras partes, movilizarían en total unas 100.000 ha para el cultivo de la remolacha y unas 400.000 para el cultivo del trigo. Estas cifras deben compararse:

— en el caso del trigo, con los 4,7 Mha que se le dedicaron en 1983 y los 6 Mt de existencias al final de la campaña (1984), la tercera parte de los cuales habría sido absorbida por la producción de etanol. Por último, los 2,7 Mt de trigo necesarios para producir etanol pueden compararse con las 550.000 t de cereales suplementarias que resultan anualmente por término medio de los aumentos de productividad: así pues, el etanol «enjuagaría» unos 5 años de aumentos de productividad;

— en el caso de la remolacha, los campos sembrados representan 490.000 ha (1983), cifra que se ha reducido en 130.000 ha desde el año 1981, por lo que la producción de etanol correspondería a unos 10 años de aumento de productividad.

Si esta situación se generalizara en el conjunto de la CEE las cifras tendrían que multiplicarse por 4 ó 5, lo que significaría unos 2 ó 2,5 Mha...

Sin embargo, debe dejarse muy claro que un escenario a corto plazo de este tipo no surtiría efectos directos sobre las zonas marginadas. Las regiones cerealistas ricas siempre

* Millones de toneladas.

** Millones de hectólitros.

contarían con una ventaja determinante para producir trigo al precio más bajo, pero, sobre todo, parece comprobado que, en el contexto de las tecnologías actuales, la producción de etanol tendría que realizarse en plantas industriales de grandes dimensiones (unas 10 para toda Francia). En consecuencia, su localización óptima se situaría, o bien en pleno corazón de las regiones cerealistas, o bien entre éstas y las regiones ganaderas, con objeto de aprovechar los subproductos (residuos de la cebada para la alimentación del ganado) (*Agro-développement*, 1986).

En un futuro próximo, por tanto, los biocarburantes no proporcionarían nuevas salidas a las zonas marginadas. ¿Procede proyectar esta observación en un futuro más lejano? Desde el punto de vista de la tecnología de la producción de biocarburantes, hay que reconocer que lo esencial de los medios dedicados a la investigación y desarrollo se ha orientado hacia las plantas de grandes dimensiones; es de lamentar que no se haya proseguido el esfuerzo para desarrollar también plantas transformadoras de pequeñas dimensiones, mejor adaptadas a las zonas marginadas y que compensan la desventaja del tamaño con una elevada utilización de determinadas fracciones del sustrato (procedimiento proteínol). Asimismo, las investigaciones agronómicas con plantas como la patata permiten vislumbrar soluciones adaptadas a las tierras desfavorecidas. Dicho esto, hay que tener muy presente que la solución de los problemas tecnológicos y agronómicos no hará desaparecer los obstáculos estructurales y no paliará la falta de dinamismo, patente en determinadas especies: se puede concebir la existencia de una planta industrial productora de alcohol de patata, que funcionaría a partir de la producción de uno o dos millares de hectáreas, pero es evidente que sería necesario primero dar con los agricultores interesados y encontrar los terrenos disponibles.

También a más largo plazo, cabe considerar la posibilidad de que las regiones desfavorecidas se beneficien de una producción de metanol a partir de la madera, posibilidad que

hoy sólo se contempla sobre todo para los países en desarrollo.

Por último, han de mencionarse los aceites vegetales, que se pueden aprovechar actualmente en los motores diesel: en este caso, como en el anterior, se considera que la posibilidad es interesante principalmente para los países del Tercer Mundo, o bien en Europa en período de crisis.

Si bien la posibilidad de los biocarburantes resulta de lo más incierta para las zonas marginales, no ocurre lo mismo con la utilización energética de la madera.

Ya se ha mencionado el interés económico que podría suponer la utilización personal o la comercialización a pequeña escala de la leña para los agricultores o la población local. Estas utilizaciones, que se han desarrollado por sí solas con la crisis hasta el punto de generar una cantidad de energía comparable a la mitad del carbón de origen nacional en Francia (7,5 MTEP* aproximadamente, según las últimas evaluaciones de la Agencia Francesa para el Control de la Energía), no agotan, sin embargo, las posibilidades de la madera como fuente de energía. Las utilizaciones actuales se basan en recursos muy concretos: para simplificar, la madera en leños (frondosos) para la calefacción individual, los desechos de las industrias madereras para la calefacción colectiva... Ahora bien, si se desea que el bosque francés cumpla la misión que tiene asignada de proporcionar madera de construcción de gran calidad (véanse los diferentes informes: De Jouvenel, 1978; Duroure, 1982), es indispensable la realización de diversas operaciones de silvicultura; aclareo de especies resinosas, conversión del monte bajo frondoso en oquedal, etc. Estas operaciones resultan costosas y no son inmediatamente rentables; el hecho de encontrar salidas para la leña menuda que producirían, facilitaría indudablemente su realización. Esta salidas son de dos tipos: por una parte, la producción de pasta para papel y, por otra, que es la principal, el aprovechamiento energético. También

* Millones de toneladas equivalentes de petróleo.

se puede decir, basándose en un razonamiento similar, que la utilización energética de la maleza en las zonas mediterráneas (calefacción de los invernaderos, por ejemplo) aliviaría el coste financiero de las operaciones de desbrozo.

Es de destacar que el análisis de la situación de un país como Francia revela la existencia de una gran variedad de realidades regionales en lo que respecta al volumen y carácter del potencial de los recursos inexplorados. Si bien el problema se da en todas las regiones, y en especial en las zonas marginales, no cabe comparación alguna entre las situaciones de Provenza (predominio de monte bajo), Limousin (elevada proporción de especies frondosas de mala calidad, repoblación forestal masiva con especies resinosas), Baja Normandía (bosque lineal infraexplorado) o Alsacia (intenso aprovechamiento de los recursos).

Se podría discutir, por supuesto, acerca de la rentabilidad comercial de semejantes operaciones: es evidente que algunas de ellas, no todas, ya no son rentables con los bajos precios actuales del petróleo. Dicho esto, no se puede considerar responsable de las incertidumbres de la coyuntura petrolífera a una política de ordenación del territorio o al desarrollo del recurso madera, en el cual son especialmente largos los tiempos de respuesta a las acciones emprendidas.

La silvicultura clásica —cuya filosofía, en la línea de la Escuela de Nancy, consiste en acompañar a la naturaleza en la realización de su obra mediante intervenciones «suaves»— podría enfrentarse en los años venideros con métodos radicalmente nuevos de producción de biomasa leñosa. Se está realizando una labor importante en lo que respecta al desarrollo de un monte bajo de ciclo corto. Persisten incertidumbres en cuanto a las especies que deberían utilizarse, la frecuencia de las talas, la rentabilidad de las operaciones, etc., pero lo que parece evidente es que estos métodos de cultivo intensivo deberían hacer posibles rendimientos de 7 a 10 veces mayores que los de la silvicultura clásica. Los productos del monte bajo de ciclo

corto podrían destinarse a la industria papelera, a una futura química de la madera y a la producción de energía.

Cabría preguntarse en qué medida afectaría a las zonas marginales el auge del monte bajo de ciclo corto: en el contexto de una liberación de las tierras por los grandes cultivos excedentarios, ¿no tendería el monte bajo a implantarse primero en las zonas de grandes cultivos o, al borde de éstas, en las tierras que han sido objeto en los últimos veinte años de la extensión cerealista? La aptitud de estas últimas zonas para recibir una explotación mecanizada induce a pensarlo así. Además, cabe temer que el suministro de madera de pequeño diámetro a la industria y, en su caso, a la calefacción afectaría bastante gravemente a la movilización de los recursos idénticos del bosque, que no se insertan tan bien en circuitos de suministros regulares y normalizados como lo desearían los usuarios: se vería frenada de esta manera la silvicultura de la madera de construcción, que es un componente importante de la economía de numerosas zonas marginales.

Así pues, no parecen garantizados los efectos positivos para las zonas marginales de las dos posibilidades mencionadas, los biocarburantes y la madera como fuente de energía.

Desde el punto de vista del medio ambiente, si los biocarburantes y la madera como fuente de energía (monte bajo de ciclo corto) se desarrollaran «siguiendo la corriente», es decir dejando actuar a los mecanismos económicos que han gobernado la producción agrícola desde el final de la guerra, también habría entonces mucho que temer. En lo que se refiere a los biocarburantes, el deseo de que los sustratos llegaran a ser competitivos con las materias primas minerales podría conducir a una intensificación a ultranza de la producción y a reforzar la tendencia de la externalización de los costes para el medio ambiente: en resumen, habría que vérselas con los efectos de los grandes cultivos, pero en peor. El mismo razonamiento es válido para el monte bajo de ciclo corto, con la diferencia quizá de que, en la medida en que su

producción se implantara en zonas marginales, podrían agravarse los riesgos: las tierras marginales no poseen, en principio, capacidad para soportar intervenciones tan fuertes como las tierras de buena calidad de la llanura. Por último, en lo que se refiere a una mayor movilización de la madera de pequeño diámetro, que guardaría relación con el mantenimiento o el desarrollo de una silvicultura eminentemente clásica, subsiste la incertidumbre: ¿acaso la explotación intensiva de la biomasa no pone en peligro el equilibrio del ecosistema forestal? ¿Qué nivel de explotación es aceptable en tal o cual estación? ¿Puede recurrirse al uso de correctivos (fertilizantes)? ¿Hasta qué punto? De hecho, nadie sabe contestar realmente estas preguntas.

b) *Fibras vegetales*

En comparación con el consumo actual, la demanda adicional será enorme en el año 2000: entre un 40 y un 50 % más.

Es obligado preguntarse dónde se van a encontrar estos recursos adicionales. La posibilidad de aumentar las importaciones parece tanto más arriesgada cuanto que, en lo que se refiere a la madera (que representa la mayor parte de las fibras utilizadas), las perspectivas apuntan a un mercado mundial tenso. Así pues, parece necesario:

- aumentar la producción europea de madera;
- sustituir la madera por otros tipos de fibras en los casos en que sea posible;
- aprovechar de manera más completa las materias primas;
- suministrar a la industria materias primas fibrosas para usos diversos.

Es obvio que la simple mejora de la gestión de las repoblaciones forestales actuales no bastará para enjugar el déficit entre el consumo del año 2000 y la producción de nuestros días, que representa menos de la mitad de aquél. Se

explica así la actuación que consiste en confrontar la demanda futura con las tierras que quedarían liberadas por la agricultura.

Según Lee, en el año 2000 se podría disponer en la Europa de los Diez de:

- 6 Mha de tierras agrícolas de buena calidad;
- 5 Mha (como mínimo) de prados de mala calidad, que se destinarían muy probablemente a la repoblación forestal;
- 5 Mha de tierras marginales suplementarias liberadas, que tendrían que sumarse a los 17 Mha de tierras análogas actualmente en barbecho.

Deben sumarse a todo ello unos 5 Mha de bosque actualmente improductivos, que se podrían desde luego aprovechar.

Teóricamente, pues, sería posible dedicar a la producción de madera estos 5 últimos Mha y los prados liberados. Suponiendo una producción de 1,5 t por hectárea, se conseguiría una producción de 15 Mt, esto es un 7 % del consumo en el año 2000 y un 23 % de la demanda adicional de aquí a dicha fecha.

Es evidente, pues, que se impone producir fibras en otras partes: según Koukios (p. 23), en los 6 Mha de tierras de buena calidad liberadas y en las tierras marginales. Admitiendo una producción de 10 t/ha en las tierras de buena calidad, resultarían unos 60 Mt; con una producción de 5 t/ha, las tierras marginales liberadas a partir de ahora y hasta el año 2000 podrían rendir unos 25 Mt, sin hablar de la eventual producción en las tierras que ya están hoy en barbecho, es decir, en teoría, lo suficiente para cubrir la diferencia entre la producción actual y el consumo en el año 2000.

Habría que sumar además a todo ello el potencial de producción de pajas diversas. En la Europa de los Doce, Koukios (p. 23), basándose en datos de la FAO, lo estima en

unos 130 Mt; y aunque sólo se consiguiera movilizarlo muy parcialmente (véanse en el caso de Francia los trabajos de F. Requillart, 1984), la aportación que supondría permitiría cubrir una parte considerable de las necesidades.

Así pues, parece obvio que Europa, combinando los tres tipos de recursos —madera, producción de diversas plantas fibrosas (carrizo, esparto, sorgo, cáñamo, lino, etc.) y residuos agrícolas—, podría llegar a ser ampliamente autosuficiente. Sería preciso asimismo que las tecnologías se hubieran desarrollado oportunamente, que resultarían económicamente interesantes y que se consiguiera convencer a buen número de habitantes rurales de la posibilidad de vivir de este tipo de producciones... Del dicho al hecho media un gran trecho.

c) *Materias primas para la química*

La utilización de materias primas de origen agrícola para la química parece llamada a desarrollarse y, de hecho, ya se han realizado importantes progresos en algunos ámbitos. Se trata de un sector en el que los cambios se producen muy rápidamente: cabría temer que algunas materias primas de origen agrícola acabaran perdiendo a largo plazo sus mercados. A la inversa, las perspectivas que ofrece en este sentido el desarrollo de la biotecnología, partiendo de sustratos de origen natural, son cuando menos muy diversificadas. Su importancia en volumen requeriría ya algunas matizaciones; por lo demás, sólo se trata de visiones prospectivas, de las que la experiencia ha enseñado a desconfiar. A las salidas que corresponden a la química fina habría que añadir las de la química pesada, más clásicas, pero que podrían tener una repercusión mucho mayor en términos de cantidades de sustratos y, en definitiva, una mayor repercusión cuantitativa en el espacio.

Considerando en primer lugar la química pesada, las posibilidades se centran fundamentalmente en el etanol (la producción de sustitutos del petróleo ni se plantea). El consumo de etanol con fines químicos está aumentando

regularmente; en teoría aunque es improbable, podría satisfacerse en su integridad a partir de sustratos vegetales. Existe al respecto una gran incertidumbre, porque la producción es muy sensible a los precios del petróleo. Las estimaciones que se han realizado en el marco del programa FAST dan cifras del orden de 180.000 a 620.000 ha que podrían destinarse a la producción de etanol para la química (Lewis, 1986, p. 13).

En lo que se refiere a la química fina, los dos sustratos básicos son el almidón y el azúcar. Desde el mes de julio de 1966, la CEE aplica restituciones que permiten a la industria abastecerse dentro de la CEE a precios prácticamente equivalentes a las cotizaciones mundiales (*Agriculture*, 1986, p. 8). La CEE espera, pues, que hacia 1990 se utilizarán en la Comunidad unas 600.000 t de almidón y unas 500.000 t de azúcar con fines industriales; esto representaría un aumento de 250.000 t y 470.000 t, respectivamente, es decir, en términos de superficie, unas 90.000 ha de trigo y unas 60.000 ha de remolacha. Las estimaciones realizadas a más largo plazo (Bruggeman, 1986, p. 66 y Lewis, 1985, p. 13) prevén entre 185.000 y 390.000 hectáreas.

Cabe suponer que los efectos sobre la ordenación del territorio, las estructuras agrícolas y el medio ambiente de la producción de materias primas con destino a la industria de las fibras o la química serían, más o menos, de la misma naturaleza que los ya expuestos en el caso de la producción de biocarburantes o montes bajos de ciclo corto. Existen grandes posibilidades de que estas producciones se acaben concentrando en las mejores tierras y refuerzan la concentración de las explotaciones, lo cual significa, por otra parte, que producción suplementaria no quiere decir necesariamente empleo suplementario o ni siquiera mantenimiento del empleo existente. Las tierras de buena calidad del Norte de Europa serían las principalmente beneficiadas. Sin embargo, cabría señalar algunos puntos que matizan este diagnóstico. La producción de almidón, al contrario que la de etanol, puede realizarse en instalaciones de dimensión media, que serían

más fáciles de diseminar. La gran variedad de productos de la química fina, las escasas cantidades de sustratos que habría que producir y el elevado valor unitario de los productos (que hace que el coste del transporte se convierta en un factor de localización menor) pueden conceder una oportunidad a algunas regiones marginales.

d) *Producción de proteínas*

Este apartado puede asimilarse en parte al de los biocarburantes. En efecto, la fabricación de etanol genera residuos que podrían hasta cierto punto sustituir a las proteínas importadas: en Francia, se podría en teoría incorporar del orden de 1 Mt de este tipo de subproductos en los piensos. Ahora bien, de acuerdo con las hipótesis desarrolladas, la producción de etanol para biocarburantes suministraría del orden de 750.000 t de residuos. En cualquier caso, pues, aun cuando se siguiera esta vía, siempre quedaría la posibilidad de desarrollar cultivos sustitutivos de las proteínas importadas.

En el conjunto de la CEE, Lee estima que podrían necesitarse con este fin unos 4 Mha (a). Lo más probable es que esta producción se desarrollara en el marco de grandes explotaciones y en buenas tierras, que también contarían en este caso con una ventaja comparativa. Ahora bien, no se excluye la utilización de tierras de menor calidad en zonas marginales si se recurriera a nuevas variedades de plantas, como el altramuç, del que se habla desde hace algún tiempo y que se cultiva hoy a gran escala en un país como Hungría.

En resumen, las nuevas producciones podrían ocupar teóricamente la totalidad de las tierras liberadas por las producciones alimentarias. Entre esta posibilidad y su realización práctica, la distancia parece ser tanto mayor cuanto que la coyuntura actual (precios relativos) no se presenta nada favorable. Lo esencial de las posibilidades sigue siendo muy incierto.

(a) A falta del aprovechamiento de los subproductos de la producción industrial de etanol.

A menos que se siguiera una política voluntarista en materia de ordenación del territorio, las tierras fértiles seguirían siendo las primeras beneficiadas por las nuevas producciones, y las zonas marginales sólo se beneficiarían una vez más con ventajas... marginales.

Cualesquiera que fueran las zonas implicadas, cabe preguntarse si la gestión del medio ambiente saldría ganando con la puesta en práctica de este tipo de cultivos según los sistemas actualmente dominantes. Este temor no debe hacer olvidar que el cese de cualquier intervención humana en un medio no conduce a la instauración de un ecosistema estable, ni a *fortiori* a la constitución de un medio que presente algún interés para la población.

Entre estos dos escollos, quedan todavía por inventarse los métodos de aprovechamiento, recurriendo sin duda a nuevas producciones y con vistas probablemente a los mercados mencionados, pero no en unas condiciones cualesquiera de realización.

4. POR UNA GESTION INTEGRADA DE LO AGRICOLA Y LO RURAL

Plantear el problema de la integración de lo agrícola y lo rural equivale a levantar acta de una disociación muy reciente. Dentro de la «economía campesina», concepto acuñado o más bien reutilizado por D. Thoner (1964), y que F. Braudel aplicó a Francia hasta el siglo XIX (Braudel, 1986, T 3), la agricultura ocupa desde luego un lugar predominante: la mitad o más de la producción y la población activa (Braudel, T 3, p. 10), aunque manteniendo un «reñido diálogo» con otras formas de industrias y artesanías (*Histoire de la France rurale*, 1975), del mismo modo que el mundo rural lo mantenía globalmente con las ciudades.

Los daños ocasionados por una visión sectorial de la agricultura fueron enormes, sobre todo en las regiones más

expuestas, puesto que la política que se desarrolló de reducción del número de explotaciones aceptaba también implícitamente la reducción de las densidades: la «mudanza rural» (Beteille, 1981). No será fácil conseguir que se invierta la tendencia, porque el complejo actualmente «conservador» de socioprofesionales + administración está sólidamente asentado y cuenta con apoyos políticos cuando menos poderosos.

Para los que desearían promover nuevas formas de desarrollo en las zonas rurales profundas (las cuales pueden abarcar, por lo demás, muy diversas intensidades de aprovechamiento), resulta evidentemente satisfactorio hablar de desarrollo integrado. Dicho esto, y como exige el realismo a partir de la situación presente, se han desarrollado finalmente dos discursos, que son paralelos sin llegar a ser antinómicos: el primero, más bien teórico, hace referencia al desarrollo integrado; el segundo, más práctico, recurre al tema de la pluriactividad como puerta para adentrarse en la problemática agrícola/rural.

Este último enfoque resulta especialmente interesante por diversas razones.

En primer lugar, se fundamenta en algo real: la pluriactividad está ya profundamente afianzada en el mundo agrícola. Cabe recordar en este sentido que «los ingresos externos de las familias agrícolas representan... aproximadamente un 42 % de sus ingresos totales, es decir una cuantía total de 58.900 millones de francos en 1983» (A. Brun, 1986), cifra que podría compararse, por ejemplo, con los gastos públicos destinados a la agricultura, que ascendieron en ese mismo año a 92.500 millones de francos (Caroit, 1984, p. 100). Así pues, la pluriactividad atañe a un número cada vez mayor de agricultores (en especial agricultores jóvenes), que no sólo no son marginales, sino que además no se cuentan entre los menos favorecidos.

Dicho esto, y considerando la problemática del medio

ambiente en las zonas marginales, la reflexión sobre la pluriactividad supone una aportación limitada:

— porque nada garantiza que las actividades complementarias acabarán insertándose bien en el medio ambiente;

— porque la pluriactividad es más difícil de poner en práctica en los sistemas de producción bovina (muy intensivos en mano de obra), que están particularmente bien representados en las zonas marginales;

— por último, porque un conjunto de agricultores, aunque sea algo más numeroso debido a la pluriactividad, no constituye *ipso facto* una sociedad rural capaz de asegurarse una aceptable calidad de vida.

Así pues, el interés de la pluriactividad en relación con el medio ambiente dependerá en gran medida de los sectores que acabe ocupando y de las modalidades de esta ocupación.

Las actividades principales con las que puede articularse la agricultura son las siguientes:

1. Silvicultura

Se suele insistir en la complementariedad que existe entre la agricultura y el bosque (siempre que éste se explote de acuerdo con los métodos tradicionales), ya que ninguno de los dos podría extenderse a expensas del otro sin plantear problemas ecológicos: la agricultura contribuye a la protección del bosque, despejando espacios que hacen las veces de cortafuegos, y el bosque —sobre todo el bosque lineal— desempeña en determinadas ocasiones una función reguladora en los regímenes hídricos. Resulta obvio que, en el futuro, los espacios forestales actuales requerirán mayor atención en lo que respecta a la explotación, cuestión que ya se ha planteado al hablar del aprovechamiento de la madera con fines energéticos. Así pues, cabe la posibilidad de que la silvicultura necesite una mano de obra considerable en los años venideros. La agricultura sería la más capacitada para proporcionarla al

margen de su actividad principal, sobre todo en las zonas marginales, hacia las que quizá resulte difícil drenar una población nueva, lo cual contribuiría a atajar un éxodo que se prosigue actualmente en muchos casos. Ahora bien, esta posibilidad parece depender en gran medida de los métodos que emplee la silvicultura: el desempeño de una actividad forestal al margen de la explotación, sin perjudicar los intereses de ésta, requiere una versatilidad que se compaginaría mal con una actividad asalariada muy normalizada, y resulta mucho más favorable el ejercicio de la profesión por cuenta propia o con una amplia independencia. El problema reside en que se adaptaría mal a una intensa mecanización de la silvicultura y a sus exigencias (inversiones considerables, etc.), cosa que parece probable.

2. Turismo

Los efectos ambivalentes de las formas de turismo «pesadas» sobre la agricultura y el medio ambiente se han descrito ya de manera suficiente y no procede volver aquí sobre el tema (Schuray, Vinaver, 1978). En lo que respecta al medio ambiente, los efectos son ampliamente negativos; la situación se hace más compleja cuando se considera el mantenimiento de la actividad agrícola: la especulación del suelo a que ha dado lugar puede considerarse una catástrofe, pero en cambio el desarrollo de las estaciones para deportes de invierno y la pluriactividad asociada (aun cuando los empleos que se proponen no son de muy elevada cualificación o los temporeros procedentes de otras zonas representan una parte considerable de los empleos) han permitido mantener un gran número de explotaciones de montaña, por lo menos durante algún tiempo (a).

Por esta razón, las formas de turismo desconcentradas, en zonas rurales profundas, calificadas como «turismo verde», se

(a) Es fácil comprobar, en efecto, que las jóvenes generaciones centran su actividad en el turismo: la agricultura les resulta algo accesorio y cabe preguntarse si no acabarán por renunciar a ella.

suelen valorar de manera más positiva. De estas iniciativas, actualmente generalizadas, se espera una remuneración indirecta para los agricultores por su contribución al mantenimiento del medio natural. Se podría incluso ir más lejos en caso de que las repercusiones del turismo no bastaran para mantener la agricultura, estableciendo una remuneración del trabajo agrícola a partir de fondos públicos, con objeto de proteger el medio ambiente, como ya ocurre en algunos países del Norte de Europa.

Ahora bien, las exigencias del turismo pueden entrar en contradicción con el aprovechamiento de los recursos que reivindican los agricultores. Los conflictos que surgen en torno de las actividades de recolección no son sino un ejemplo; de una manera más general, los adeptos del turismo verde reclaman el acceso a un espacio que no se encuentre íntegramente normalizado u ocupado por actividades productivas. En este sentido, cualquier intento sistemático para reducir la trilogía «ager/sylva/saltus» a una simple distribución del espacio entre la agricultura y el bosque (eliminación total de los barbechos, «aprovechamiento» de las zonas húmedas, etc.) constituiría un obstáculo que se opondría al desarrollo de estas formas de turismo.

La importancia de las actividades complementarias relacionadas con el turismo verde parece limitada por dos tipos de factores. En primer lugar, las vocaciones turísticas de las regiones son muy variadas, lo cual se debe a factores muy diversos, como el interés ecológico del medio (riqueza de la fauna en las zonas húmedas, por ejemplo) o la proximidad con respecto a las zonas urbanas (aunque, con el desarrollo de las infraestructuras viarias y de otros sistemas de transporte, el equivalente tiempo de las distancias se ha reducido hoy considerablemente). En segundo lugar, cabe citar las consecuencias del interés que despierta la naturaleza ordinaria, y al que ya se ha hecho referencia. Es muy real el riesgo de que el esfuerzo de preservación de la agricultura y el medio ambiente se acabara centrando en un reducido número de

zonas privilegiadas, por tal o cual razón, mientras se abandonaba todo el resto, el campo profundo y común.

3. Lo social

El sector sanitario y social toma una importancia desmesurada en las zonas desfavorecidas. En el departamento de Haute Vienne, según los años, la acción sanitaria y social viene a representar del 59 al 63 % del presupuesto del departamento (Mengin, 1984, p. 71). Esta situación se explica evidentemente por la gran proporción de personas de edad avanzada y condición modesta. Algunos municipios han recurrido a las actividades de ayuda social como un medio para atajar la despoblación (creación de residencias para jubilados, de centros para disminuidos, de casas de reposo).

Estas actividades, que constituyen la base de una pluriactividad familiar agrícola, aunque sólo eso (empleos de baja calificación, pero que se corresponden perfectamente con el mercado local del trabajo), presentan además la ventaja de retener *in situ* una población nueva más calificada (técnicos sanitarios).

Así pues, los efectos del proceso podrían considerarse beneficiosos si no fuera evidente que una buena parte de las ayudas no se emplea para la reestructuración de las actividades productivas.

Por lo demás, y dado que las formas que adopta la ayuda social evolucionan con el tiempo, podría ocurrir que se estuvieran infrautilizando muchos de los equipos aplicados. El caso de los asilos de ancianos es ejemplar: como las personas de edad avanzada desean seguir viviendo el mayor tiempo posible en su propia casa, y la sociedad pone cada vez más a su disposición los medios necesarios para ello, muchos asilos de ancianos se están vaciando, hasta el punto de que se procura en ciertos casos buscarles otros usos.

Se plantea, pues, muy claramente el tema de una mejor

integración de lo social en la actividad económica, para terminar de una vez para siempre con su cometido de «taller de reparaciones... enfermería... remolque de lo económico (Thery, 1984, p. 89).

4. Otras posibilidades para la pluriactividad

Su multiplicidad obliga a referirse sólo a algunas, quizá las más significativas.

Se han mencionado ya las actividades de recolección, que tienen a veces un efecto económico no despreciable. No es seguro que se pueda contar con el mantenimiento de esta aportación. En efecto, después de un período favorable, parecen empezar a degradarse los precios relativos de muchos de los productos de la recogida. La competencia internacional es la causa en gran medida, y la respuesta a esta competencia no podría reducirse a garantizar a los agricultores el monopolio de acceso al recurso de que se trate. Las acciones que se imponen son ante todo la adopción de medidas de organización de los mercados, el desarrollo de circuitos de comercialización cortos (Larrère, 1985, pp. 112-113) o bien el desarrollo de métodos de semicultivo (chamiceras, siegas, pastos o una silvicultura adaptada en el caso del arándano). En cualquier caso, esto no excluye una definición de los derechos, muy delicada, pues no deberá obstaculizar la vocación turística de las distintas zonas, lo cual supone el mantenimiento de la apertura del espacio.

La piscicultura podría construir otra posibilidad. En algunas regiones de Francia, persisten tradiciones de integración a gran escala de la piscicultura y la agricultura. El problema reside en que, en Francia, la demanda de pescados de agua dulce es muy baja; los pescados de mar se llevan el favor de los consumidores. Es de destacar que en algunos países vecinos (por ejemplo en Alemania), el pescado de agua dulce no goza ni mucho menos de tan mala reputación. El desarrollo de la producción dulceacuícola parece condicionado

a la reorganización de los mercados y el posicionamiento en una gama de calidad; en este sentido, cabe afirmar muy esquemáticamente que, cuanto más extensiva es la piscicultura, mejor es el producto que genera, por lo que las zonas desvitalizadas deberían contar en este apartado con una importante ventaja comparativa.

Contribuir al mantenimiento de la agricultura en las zonas marginales permitiendo que se asocie con diversas actividades complementarias, e incluso propiciando su articulación con otros sectores de actividad, no resulta suficiente para elaborar una ordenación «integrada» de las zonas desfavorecidas. Facilitar a los habitantes de las zonas rurales profundas el acceso a una vida social aceptable supone ir más allá de la simple solución de los problemas económicos. Aunque los habitantes de las zonas rurales profundas disfrutan en determinados aspectos de una calidad de vida específica e interesante (actividades de ocio específicamente rurales, por ejemplo), el deseo de vivir en la «patria chica», para poder materializarse a una escala significativa, exige la posibilidad de acceder a servicios suficientes, aunque no sean idénticos a los de la ciudad, y a formas adaptadas de vida cultural.

En este ámbito, más todavía que en el de la agricultura, es muy difícil hablar de soluciones. No queda más remedio que pensar que cuanto se ha intentado hasta la fecha para mantener o crear un tejido de relaciones sociales entre habitantes separados por espacios vacíos de ocupación humana tiene un carácter provisional; incluso admitiendo que eso sea manifiestamente útil, no se tiene en absoluto la impresión de estar aproximándose a una solución global.

CONCLUSION

Una de las perspectivas para Europa occidental parece, pues, la liberación de grandes superficies por la agricultura: se adelantan cifras del orden de 15 millones de hectáreas en la

Europa de los Doce para el año 2000; en Francia, las tierras liberadas podrían suponer cerca de 5 Mha.

Estas perspectivas, y los ejercicios de prospectiva que las ilustran, se caracterizan por muchas incertidumbres:

— En cuanto a la cantidad de tierras liberadas en primer lugar: los modelos se basan en la prolongación de las tendencias que se aplican actualmente en la producción agrícola y en hipótesis en materia de política agrícola común, y el presente nos está demostrando lo poderosa que puede ser ésta como herramienta para configurar el sector que nos ocupa. No habría razón para sorprender si la realidad del año 2000 no se correspondiera con el desarrollo de los modelos, puesto que uno de los objetivos de la prospectiva (muchas veces catastrófica) consiste en inducir al seguimiento de políticas que tiendan a negar sus resultados. Serían sin duda necesarias investigaciones posteriores para afinar las perspectivas, sobre todo en los Estados miembros de la Comunidad, a la vista de la globalidad y del carácter en ocasiones criticable de ciertos resultados.

— En cuanto a los efectos del abandono de la actividad agrícola sobre el medio ambiente: ¿puertas abiertas a distintos procesos de degradación (erosión, etc.)? ¿posibilidad en el sentido de la preservación de determinados medios naturales (zonas húmedas)? Se abre aquí un campo de investigación para los científicos especializados en el estudio de los medios naturales; la intervención de los socioeconomistas quedaría supeditada a los resultados obtenidos por aquéllos, situándose en lo esencial a continuación del campo de estudios anterior.

— En cuanto a las formas de gestión de los espacios afectados por el abandono, parece posible delimitar cuatro apartados de reflexión:

- uno sobre la respuesta que podría aportar al abandono la extensificación de las prácticas agrícolas, lo que remite a dos tipos de problemas. En primer lugar, cuál podría ser el perfil técnico de una agricultura europea moderna y más extensiva. En segundo lugar, qué
-

modificaciones de las reglas del juego (fijación de los precios, redistribución de los bienes inmuebles, etc.) implicaría una orientación semejante; todo induce a suponer que estas modificaciones serían particularmente radicales, lo cual obliga a poner en duda el carácter factible de esta vía;

- otro sobre las producciones agrícolas o silvícolas que podrían desarrollarse: materias primas para la química pesada o fina, biocarburos, madera de construcción, madera como fuente de energía, etc.;
- un tercero sobre las demás aplicaciones posibles, en especial los usos turísticos: veraneo, caza, pesca, etc. Esto lleva al análisis de la demanda de naturaleza, y de la crisis por la que atraviesa actualmente, y a reflexionar sobre los «productos» susceptibles de reactivar la demanda;
- por último, una reflexión sobre la integración de la dimensión «medio ambiente» en la gestión de estos espacios; por otra parte, se han iniciado ya reflexiones sobre el contenido y la forma de los contratos que tendrán que concertar los poderes públicos con los agricultores de determinadas regiones (basándose en experiencias de otros países: Gran Bretaña, Países Bajos, etc.).

Al término de este tipo de reflexiones, cabría preguntarse si las vías contempladas ofrecen algún tipo de aplicación para la totalidad de los espacios liberados (adecuación entre oferta y demanda). En efecto, es de temer que las mejores tierras (fertilidad, aptitud para la mecanización, proximidad de las zonas urbanas, etc.) no tendrán dificultades en encontrar aplicaciones, mientras que las ayudas a la gestión del medio ambiente, por falta de medios suficientes, se concentrarían en los espacios frágiles o excepcionalmente interesantes desde el punto de vista de la flora y la fauna, lo que conduciría a la yuxtaposición de espacios de grandes cultivos (medio ambiente sacrificado en aras de la competitividad), espacios

protegidos (parques y reservas) y una naturaleza ordinaria totalmente abandonada.

La pauta investigadora descrita parece desde luego útil, pero necesitaría asimismo someterse a un análisis crítico, dado que se basa en una serie de presupuestos que arrancan de la trayectoria histórica de la sociedad francesa, y más concretamente del proceso de decadencia de la sociedad campesina.

Quizá fuera conveniente recordar que el punto de partida de la evolución que ha propiciado el abandono (que afecta ya en la actualidad a una parte significativa del país) fue la existencia de una Francia superpoblada, muy caracterizada por la explotación familiar de pequeñas dimensiones (con una gran proporción de aprovechamiento directo). La disgregación de la sociedad campesina es un fenómeno relativamente reciente, lo cual implica que gran parte de la sociedad francesa sigue conservando sus querencias rurales. Puede explicarse así probablemente ese «horror al vacío» más fuerte en Francia que en los países del Norte de Europa, cuando, paradójicamente, los movimientos a favor del medio ambiente gozan en Francia de menor predicamento. El resultado es que, frente al abandono, la actitud dominante consiste en intentar atajarlo o retrasarlo, en pretender mantener el paisaje (aunque de hecho se esté presenciando su transformación). La consecuencia lógica es un discurso en términos de pluriactividad, de mantenimiento de un determinado número de pequeñas explotaciones, discurso que, por lo demás, hace de la necesidad virtud, en la medida en que las demás soluciones se enfrentan con obstáculos territoriales muchas veces insalvables.

Quizá una orientación de este tipo fuera idónea para responder a los retos que se plantean en el caso de determinados espacios: los que cuentan con ciertas bazas naturales, o los capacitados para posicionarse en ciertos sectores (producciones de calidad, mercado del ocio, etc.), o los que disponen todavía de una sociedad capaz de reaccionar y de líderes (cargos públicos electos, socioprofesionales, etc.). Ahora bien, cabría

preguntarse si este tipo de respuesta podría aplicarse a la totalidad de los espacios que están en juego y si Francia podría ahorrarse la implantación aquí y allá de formas de gestión adaptadas a los espacios de baja densidad y marcados por claras rupturas con las prácticas del pasado.

En otros países, concretamente del Norte de Europa, se tiene ya alguna experiencia en la gestión de las zonas de baja densidad (Escocia, norte de Suecia). El análisis de tales prácticas podría resultar enriquecedor. El interés podría centrarse en la génesis histórica de dichas formas de gestión y en el contexto institucional que las hizo posibles. Una segunda vía de la manera con que se articulan en su seno las diversas actividades (agricultura, silvicultura, turismo, servicios), de las formas inducidas de asentamiento de poblaciones. Por último, sería preciso interesarse por el modo en que se considera el medio ambiente.

Bibliografía

- AGLIETTA, Michel; BRENDER, Anton: «Les méttamorphoses de la société salariale, la France en projet 1984», Calmann-Lévy Paris, p. 274.
- AGRO-DEVELOPPEMENT: «Possibilités et conséquences de la production d'éthanol à partir de matières premières agricoles», septiembere 1985.
- ALLAIRE, G y cols: «Enjeux, méditations et développement local, un point sur le mouvement des pays». *Economie rurale*, n.º 166, marzo-abril 1985, pp. 33-37.
- ARKLETON TRUST: «Part time farming in the rural development of industrialized countries». *Informe del Seminario celebrado en Escocia*, octubre 1983, pp. 16-21.
- BARRES y cols.: «LA JAC et la modernisation de l'agriculture», 1980, INRA, París.
- BENJAMIN, R.: «Développement local: la notion de développement a-t-ella encore un sens?», *Recherche sociale*, n.º 90, abril-junio 1984, pp. 12-25.
- BETEILLE, R.: «La France du vide», 1981, Litec París, p. 252.
-

-
- BRAUDEL, Fernand: «L'identité de la France 1986», Arthaud Flammarion, Paris, 3 tomos, pp. 222, 367 y 477.
- BRUN, A.: «Aspects macro-économiques de la pluriactivité des familles agricoles», *Economie rurale*, n.º 171, enero-febrero 1986, Paris, pp. 38-47.
- CAROT, Jean-Miche; NAVARRO, Alain.: «La France du gaspillage», 1984, M. A. Editions, Paris, p. 209.
- CERON, J. P.; BAILLON, J.: «Contribution de l'artisanat à un développement écologiquement viable des zones rurales»; abril 1979, CIRED, Paris, p. 118.
- COMMEAUX G., ENSAIA: «Recherche socio-économique sur les systèmes de mise en valeur des ressources végétales spontanées en moyenne montagne», Tesis 1982, ENSAIA, Nancy.
- Comisión de las Comunidades Europeas: «La agricultura y el problema de los excedentes», 1980, CEE, Luxemburgo, p. 31.
- Comunidad Europea: «Perspectivas de la política agrícola común», *El Libro Verde de la Comisión*, julio 1985, Comisión de las Comunidades Europeas, Bruselas, p. 62 + anexos.
- DE JOUVENEL, B.: «Vers la forêt du XXIème siècle», *Revue forestière française*, número especial, 1982, p. 152.
- DUROURE, R.: «Propositions pour une politique globale Forêt bois», *Revue forestière française*, número especial, 1982, p. 115.
- ELYAKIME, B.: «Le travailleur forestier paysan: quelques éléments d'analyse de sa situation», *Nouvelles campagnes*, n.ºs 16-17, 1982, Paris, pp. 167-173.
- GODARD, O.: «Autonomie socioéconomique et externalisation de l'environnement: la théorie néo-classique mise en perspective», *Economie Appliquée*, vol. XXXVII, n.º 2, 1984, Paris, pp. 315-345.
- GODARD, O.: «CIRED/EHESS Aspects institutionnels de la gestion intégrée des ressources naturelles et de l'environnement», 1980, Editions de la maison des sciences de l'Homme, Paris, p. 110.
- GODARD, O.; CERON, J. P.: «Planification décentralisée et modes de développement. L'expérience du Bureau méridional de planification agricole en Provence». Marzo 1985, Maison des Sciences de l'Homme, Paris, p. 205.
-

-
- GRUPE CÉRÉALES, «Disparités en agriculture et interventions de l'Etat: enjeux et contraintes d'une politique de redistribution», *Nouvelles campagnes*, numéro especial septiembere 1982, pp. 176-195.
- JAUNEAU, J. C.: «Maintenir les petites exploitations en montagne?», *Nouvelles Campagnes*, n.º 17, pp. 71-80.
- KLATZMANN: «Un événement: la population rurale augmente», *Actas de las sesiones de la Academia Francesa de Agricultura*, n.º 4, T. 71, pp. 583 y s.
- KONRAD, J.: «Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung. Alternative uses for land and the new farmworker: segregation versus integration», 1987, Berlin, p. 315.
- KOUKIOS, E.: «National Technical University of Athens: Prospects for non food land use in Europe», abril 1986, *Programa FAST*, CEE, Bruselas, p. 170.
- LARRERE, R.; DE LA SOUDIERE, M.: «Cueillir la montagne, Plantes, fleurs, champignons en Gévaudan, Auvergne et Limousin», 1985, *La Manufacture*, Lyon, p. 253.
- LLE, J. An Foras Taluntais: «The impact of technology on the alternative uses for land», abril 1986, *Programa FAST*, CEE, Bruselas, p. 190.
- LEWIS, C.; KRISTIANSEN, B.: Universidad de Glasgow: «The role of Biotechnology in assessing future land use within western Europe», 1985, Glasgow.
- MACLOUF: «Développement local et nouvelles solidarités spatiales», *Recherche sociale*, n.º 90, abril-junio 1984.
- MAGHAMI: «Culture et cueillette des plantes médicinales», 1979, Hachette, Paris.
- MARTIN, S.: «L'aménagement rural à la rescousse des exploitations familiales», *Economie rurale*, n.º 168, 1985, Paris, pp. 5-10.
- MINISTERE D'AGRICULTURE: «Initiatives, expériences en matière de développement agricole et rural». *Etats Généraux du développement agricole*, febrero 1983, Ministère d'Agriculture, Paris, p. 30.
- POCHON, A.: «Pour une autre politique agricole commune», *Nouvelles campagnes*, numéro especial, septiembere 1982, pp. 263-267.
-

- POLY, J. INRA: « Recherches agronomiques, Réalités et perspectives », junio 1977, INRA, París, p. 72.
- REQUILLART, Vicent. INRA: «Valorisation énergétique des pailles de céréales», 1984, PYC édition, París, p. 157.
- RIEDACKER, Arthur. Agence Française pour la Maitrise de l'Energie. Place de la valorisation énergétique du bois dans la filière bois ND AFME, París, p. 17.
- SCHIRAY, M.; VINAVER, L.: «Tourisme et écodéveloppement dans la région méditerranéenne», enero 1978, CIRED, París, p. 30 + p. 100 anexos.
- THEYS, J.: «L'environnement entre la crise et la modernisation», Futuribles, junio 1985, París.
- THORNER, D.: «L'économie paysanne: concept pour l'histoire économique», *Les Annales*, mayo-junio, n.º 3, 1964, París, pp. 417-432.
- Agricultura y Medio ambiente. V. Coloquio de la Sociedad Francesa por el Derecho al Medio Ambiente. 1981, Publicaciones periódicas especializadas, Lyon, p. 353.
- Histoire de la France rurale, 1975, Le Seuil, París, 4 T.

RESUMEN

Las transformaciones que han tenido lugar en las últimas décadas en el medio rural francés han afectado al medio ambiente. Las zonas marginales han visto agravado su problema en contra de lo que se pensó en un primer momento, lo que explica el interés existente por estudiar alternativas a la forma de desarrollo agrícola vigente. Este estudio se plantea analizando causas y efectos de esta situación actual; el agotamiento de la política agrícola comunitaria (aumento de la productividad, autosuficiencia, excedentes...), por otra parte, se analiza la importancia real de las agriculturas alternativas (aquellas que no han adoptado la forma de desarrollo dominante por diversos motivos). Las llamadas «nuevas producciones» están creando debate entre aquellos que buscan salidas a esta situación y que se preguntan en qué forma afectarían a las zonas marginadas. Se plantea el dilema de la gestión integradora de lo agrícola y lo rural. Las perspectivas para Europa pasan por la liberalización de grandes superficies por la agricultura (en Francia podría alcanzar cerca de los 5 millones de Ha.), el abandono de la actividad agrícola y la nueva forma de gestión del espacio que restaría. El estudio de esta perspectiva abre nuevas vías de trabajo.

RÉSUMÉ

Les transformations qui se sont produites au cours des dernières décades dans le milieu rural français ont affecté l'environnement. Le problème des zones marginales s'est accentué,

contrairement aux prévisions initiales, ce qui explique l'intérêt que suscite actuellement l'étude de solutions alternatives aux formes de développement agricole en vigueur jusqu'à présent. Dans cette étude l'analyse porte sur les causes et effets de la situation actuelle; l'épuisement de la politique agricole communautaire (accroissement de la productivité, auto-suffisance, excédents...), ainsi que sur l'importance réelle des agricultures alternatives (celles qui, pour diverses raisons, n'ont pas adopté les formes de développement dominantes). Ce que l'on a désigné comme «nouvelles productions» a soulevé des débats parmi ceux qui cherchent une issue à cette situation et qui se questionnent sur l'influence pouvant en découler pour les zones marginales. Il se pose le dilemme de la gestion intégrant les aspects agricoles et ruraux. Les perspectives pour l'Europe passent par la libération de grandes surfaces en faveur de l'agriculture (en France elles pourraient atteindre près de 5 millions d'ha.), l'abandon de l'activité agricole et la nouvelle forme de gestion de l'espace qui s'en trouverait libéré. L'étude de cette perspective ouvre de nouvelles voies de travail.

SUMMARY

The changes that have taken place in recent decades in rural France have affected its environment. The marginal areas' problems have worsened, contrary to expectations, which explains the interest in studying alternatives to the existing form of agricultural development. This study analyzes the causes and effects of the present situation, characterized by the complete exhaustion of Community agricultural policies (increased productivity, self-sufficiency, surpluses...). On the other hand, the true importance of alternative agricultures is analyzed (those which for different reasons have not adopted the prevalent form of development). The so-called "new productions" are creating a controversy between those who seek solutions to this situation and those who are concerned about their effects on marginal areas. The problem of integrating agriculture and rurality is also set forth. The outlook for Europe includes liberalizing large spaces dedicated to agriculture (in France this could amount to almost 5 million ha), abandonment of agricultural activity and adopting a new form of managing this leftover space. The analysis of these prospects opens up new channels of endeavor.

